

y conseguirse de un modo perfecto, si no nos falta nuestra astucia ni tu arrojo. Años hace fué la hermosa capilla baja del *Duomo* lugar en que cometiése cierto crimen espantoso. Desde aquel infausto día, lo mismo el que ocupa el solio que el que vive en la miseria, el pobre que el poderoso, al entrar en la capilla entran desarmados todos. Barnabo también, ¿comprendes? Ni sus guardias numerosos le valdrán, ni de su acero terrible los golpes prontos que da, ni de su garganta los gritos altos y ansiosos, porque serán insensibles los muros, los ecos sordos. Allí tú con él; afuera vigilaremos nosotros. Y después, después... el Arno, que es un río misterioso, se llevará su cadáver hasta enterrarlo en su fondo. ¿Qué decís?

LIP.
ERC.
REN.

¡Bravol

¿Conformes?

¿Y tú? (*A Severo.*)
¿Meditas absorto?

ERC.
LIP.
SEV.

¿Es que te arrepientes?

¡Nuncal

REN.

(¡Si me venderá mi rostro!)

Para saber si podemos arriesgarnos falta poco.

ERC.
REN.

¡Mejor!

Decididamente,
¿puedo contar con vosotros?

SEV.

¡Sí!

REN.

Cuando suenen las once, en la escalera del pórtico de San Juan, nos reuniremos.

ERC.

¡Bien!

REN.

Y si mis ansias logro, tú (*a Severo*), gloria y honor de Pisa, nos vengarás del oprobio de un yugo que ya envilece y que apenas ya soporto...

SEV.

¡Y que con estas mis manos voy á convertir en polvol

REN.

¡Adiós!

SEV.

¡Que ninguno falte!

LIP.

¡Yo, no!

SEV.

¡Bien!

ERC.

¡Ni yo tampoco!

ESCENA V

SEVERO.

SEV.

Es necesario que venza mi duda... ¿y cómo poder estimular al deber si me humilla la vergüenza? ¡El más ligero murmullo del aire á mi alrededor dice faltas de mi honor, pide cuentas á mi orgullo! En el campo ó la ciudad, allí donde voy huyendo, una voz me va diciendo: «Es tu padre.» ¡No es verdad! Hacia el campo-santo fué, y al entrar, sobre el oscuro y vago fondo, en un muro

cierto nombre distingui:
 «¡Torelli!» Y en la carrera
 que di, mientras me escapaba,
 no sé quién, detrás, gritaba:
 «¡Intruso, bastardo, fúera!»
 ¡Y es preciso que decida!
 Es preciso resolver
 muy pronto. ¿Qué voy á ser?
 ¿Perjuro? ¡No! ¿Parricida?
 ¡Qué zozobra! ¡Qué tormento!
 ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Estoy loco!
 ¡Me mataré! No, ¡tampoco!
 ¿quién cumple mi juramento?
 ¡Destrózate la razón!
 Sé perjuro... ¡no, jamás!
 Pues parricida, no hay más;
 no tienes más solución.
 ¡Ay, si es fatal mi desgracia,
 préstame, Naturaleza,
 valor al menos, firmeza
 de voluntad! ¿Y la audacia
 de insultarme? ¿No escuché
 yo sus injurias?... ¡A mí!
 ¡Frente á frente! ¡Sí, sí, sí!
 ¡No dudol ¡Le mataré!
 ¡Sin vacilar! ¿Y si insiste
 mi pobre madre?... ¡Perdón!
 ¡Madre de mi corazón,
 qué desgraciado me hiciste!
 (*Cae desvanecido sobre un banco, delante del león.
 En este momento oýese una música, no muy dis-
 tante, que preludia una serenata. Poco después
 canta una voz la estrofa siguiente:*)

«¡Báquica orgía,
 calle tu voz!
 ¡Bendito sea
 siempre el amor!»

(*Calla la música. Severo se incorpora y dice:*)
 Y ayer con sed de pasiones
 mi corazón despertaba...

¡Y ayer mismo no pensaba
 sino en glorias é ilusiones!
 ¡Ilusiones! ¡Una flor
 que entre la yerba crecía,
 me impresionaba y me hacía
 estremecerme de amor!
 Tan sólo con admirar
 el sol y el azul del cielo,
 sentía no sé qué anhelo
 indefinible de amar,
 y de bendecir á Dios,
 y de luchar y vencer...
 Dichas y encantos de ayer,
 glorias y ensueños, ¡adiós!
 (*Vuelve á caer desvanecido sobre el banco. Suena
 de nuevo la música y se oye la segunda mitad
 de la estrofa.*)

«¡Bendito sea
 siempre el amor!»

ESCENA VI

SEVERO Y PORCIA.

(*Mientras que la música deja oír el ritornello de la serenata,
 Porcia, vestida de fiesta, y envuelta en un velo blanco,
 atraviesa con cuidado y temor la plaza, y sin que Severo
 lo advierta, se aproxima, cuando lo indica el diálogo, al
 banco en que se recuesta aquél.*)

- POR. (Dejo la fiesta ruidosa
 porque su angustia me llama,
 ¡Virgen misericordiosa!
 ¿Seré yo la mariposa
 que va á morir á la llama?)
- SEV. Gratos ecos del placer,
 ¡con cuánta pena os escuchol

¡Si yo pudiera querer
y que me quisieran mucho!
Pero no, no puede ser.
Deshonrado, escarnecido,
¿ya qué valgo? ¿ya qué espero?
Ni el consuelo del olvido.
¡No me ven! ¡Está dormido!
¡Ay!
¡Severo!
¿Quién?
¡Severo!
¡Ah!
¡Por Dios!
¿Quién eres, di?
¿Qué es lo que buscas aquí?
Una mujer que dará
toda su vida por tí.
¿Quieres engañarme ya?
Oyeme, por Dios.
¿Ahora?
Soy una mujer que implora;
una mujer que te quiere;
no, mucho más: que te adora
y que por tu amor se muere.
¡Y en qué instante me convidal...
¡Cuando ya de todo temo
y hasta mi voz me intimidal
También quizás en mi vida
es el instante supremo.
¡Si vieras lo que sufrí!..
¿Sabes tú que cuantas veces
detrás de tus pasos fui
todo lo que conseguí
fue probar tus esquiveces?
¡Ah! ¡Discúlpame siquiera!
¿Qué dices?
¡Perdón!... ¡perdón!
¡Te quiero de tal manera!..
¡Cada vez con más pasión!
¿Sí?
¡La pasión verdadera

no encuentra quien la quebrante,
no desmaya ni en la cruz,
sufre los golpes constante,
y lo mismo que el brillante
devuelve rayos de luz!
¡Bendita seas!
No creas
que te engaño. ¿Me perdonas?
¿Y es posible que me veas
con amor?.. ¿Y me abandonas
tu mano?
¡Bendita seas!
¡Oh! ¡Quiéreme, te lo ruego!
¡Por Dios, no me martirices!
¿Estaré loco? No... ¿Ciego?
¿Y es verdad lo que me dices?
¿Que me quieres?
¡Que me entregol
Que, si quieres, besaré
donde pisas; que seré
tu esclava fiel y amorosa...
Debes ser buena. Más...
¿Qué?
Debes de ser muy hermosa. (*Intentando descubrir su rostro.*)
¡Ah!
¡Déjamel Por favor,
un momento...
¡Calma! ¡Calma!
(*Durante esta parte de la escena debe escogerse otro momento oportuno para que vuelva a oírse la música de la fiesta.*)
¡Ay! Al rayo de tu amor
se va entreabriendo mi alma,
como á la brisa la flor.
¡Por fin te puedo mirar
sin padecer, sin temblar!
¡Dios mío!
¡Severo!
¿Lloro?
¡Parece que ya te adoro!

¡Me estás haciendo llorar!
Otra vez lloro, y espero...
POR. ¡Que Dios bendiga tu llanto!
SEV. ¡Hace ya tanto....!
POR. Severo,

de seguro que no es tanto
como desde que te quiero
y te consagro mi fé,
como desde que te amé,
como desde que te vi,
porque... la verdad... no sé
lo que fué primero en mí.
Hay horas más seductoras
que las de claras auroras
y aun que las de buena suerte,
y yo debí conocerte
en alguna de estas horas.
Era en los tiempos mejores
de mis esperanzas; era
cuando al volver los amores
pisan la alfombra de flores
que tendió la primavera,
y en Mayo, mes de alegría,
y en los instantes sería
en que, al morir la mañana,
da en la iglesia la campana
el toque del mediodía.
Nunca vi sol más radiante
ni sentí más anhelante
ni más intranquilo afán
que el de entonces. Fué delante
del pórtico de San Juan.
¡El cántico de victoria
de la gran naturaleza!
¡Sus galas, que son su gloria!
¡todo vuelve á mi memoria,
todo con igual belleza!
Los claveles y rosales
que dan en *villas* cercanas
efluvios primaverales;
el sol sobre los cristales

en balcones y ventanas;
los murmullos de las fuentes
y las calles y las gentes...
y hasta las hojas de yedra
que sombréaban las frentes
de aquellos santos de piedra.
Al revolver una esquina,
de improviso, grave, triste,
como el que absorto camina
en su mal y no domina
su dolor, apareciste.

¡Cómo en tu inquieta mirada
adiviné tu amargura!
¡Oh! Sí. ¿De veras?

SEV.
POR.

¡Tu espada
sentía en su empuñadura
tu diestra mano cruzada,
como dispuesta al menor
arrebato de furor
á poder vengar agravios,
y en tus entreabiertos labios
sujetabas una flor!
Y te detuviste...

SEV.
POR.
SEV.
POR.
SEV.
POR.

¿Sí?
Ocultando mal tu anhelo...
Y entonces... entonces, ¡díl!
Estabas mirando al cielo.
¿Me estaba mirando en tí?
No sé lo que te pasaba,
ni lo quisiera saber;
sé que tu boca juraba
y que la flor se escapaba
de tus labios, sin querer;
sé que yo la recogía,
dándome razón apenas,
y que después la mordía,
para ver si me infundía
algo, muy tuyo, en mis venas.
Y sin reparar en mí,
tú... te seguiste alejando,
yo... quise correr á tí,

- pero no me decidí,
que me detuve llorando.
Y una voz desconocida,
que siempre con ansia escucho
y que nunca se me olvida,
me dijo: «¡Quiérole mucho,
aunque te cueste la vida!»
Llena de amor, tal cual es,
mi vida entera te doy.
¡Quiéreme, quiéreme, pues,
por compasión, que ya ves
que sin ti sin vida estoy!
- SEV. ¡Mujer, quien seas, piedad!
¡Dame la felicidad
que mi angustia necesital
- POR. ¿Sí? ¿Ya me quieres? ¿Verdad
que ya me quieres?
- SEV. ¡Bendita,
bendita seas! (E ignora
mi afrenta, mis desengaños,
y conmigo siente y llora,
y si me adora, me adora
por mí, por mis pocos años.
¡Sí! Por las mismas razones
por que va mi juventud
en pos de las ilusiones.
¿Qué saben los corazones
de escrúpulos de virtud?
Si me quiere, que me quiera
por mí, y en su amor confío.)
- POR. (¿Y si después de que viera
mi rostro me maldijera
por ser lo que soy? ¡Dios mío!)
Puesto que tú me querrás
con la misma buena fe...
¿Por qué tiembblas?
- POR. Tú dirás.
SEV. Oye...
POR. Dí.
SEV. Mañana...
POR. ¿Qué?

- SEV. Voy á morir.
POR. ¿Tú? ¡Jamás!
¡Morir tú, no digas eso,
por Dios! ¡Romper mi embeleso!
Mas... deja que mientras viva
te adore.
- SEV. ¡Sí!
- POR. Que reciba.
SEV. de tus labios... sólo un beso.
Deja que quien te admiró
logre contemplar la estrella
de donde su luz llegó.
(Intentando nuevamente descubrir su rostro.)
Después...
- POR. ¿Qué? ¿Temes?
- SEV. ¡No! ¡no!
- POR. (Atormentado de improviso por un terrible presen-
timiento, va hacia Porcia.)
SEV. Sí... ¡Quizás!..
- POR. ¡Oh!
- SEV. (Arrancándola el velo.) ¡Por fin! ¡Ella!
¡Ella! ¡Tú!
- POR. ¡Por caridad!
- SEV. ¡Tú! ¡La infame favorita
de Spínola!...
- POR. ¡Por piedad!
- SEV. Tú mi consuelo, ¿verdad?
¡Maldita seas! ¡maldita!
¡Oh! ¡Por Dios!
- POR. ¡Y aún me provoca!
- SEV. Tú, tú, que en tu impuro seno
le abrigas... ¿Te has vuelto loca?
¿Qué me ofreces? ¡Su veneno!
¡Le habrás besado en la boca!
Tú, que has dejado el honor
y la virtud en sus brazos,
¿qué me brindas?
- POR. ¡Por favor!
- SEV. ¿El dejo de sus abrazos?
¿Desperdicios de su amor?
¡Y me hiciste concebir

esperanzas de vivir
con más encantos, con más
amores!.. ¡Vas á morir! (*Sujetándola fuertemente
por un brazo.*)

POR.

¡Oh! ¡socorro!

SEV.

¿Adónde vas?

POR.

¡Socorro! ¡Socorro!

SEV.

¿Adónde?

POR.

¡Severo! ¡Por Dios, repara!..

¡Ahl (*Logrando desasirse, y escapándose.*)

ESCENA VII

SEVERO.

SEV.

Pero ya, ¿quién me ampara?
¡Dios mío! ¿quién me responde?
¡Ay, de qué terrible modo
se ceba el dolor en mí!
¿Todo se me vuelve? ¿Sí?
¡pues me vuelvo contra todo!
Ya no dudo, ¡no! ¡que no!
¡Ya no quiero perdonar,
quiero matar y matar,
hasta que sucumba yo!
¡A cuantos gocen, ¡á cuantos
me detengan!.. ¡Y esa gente (*Oyese dentro nue-
vamente el rumor de la fiesta, con algunas car-
cajadas.*)
se ríe! ¿Será que intente
insultarme con sus cantos
y con sus risas?... ¡Quizá!
¡Sí! Pues se engañan... lo siento...
yo también estoy contento,
¡muy contento! ¡Jal ¡ja! ¡jal

ESCENA VIII

SEVERO y RENZO.

SEV.

¡Tú!

REN.

¡Severo!

SEV.

¿Qué ha pasado?

REN.

Que la suerte se declara
ya por fin á nuestro lado.
Todo queda preparado.

¡Fray Antonio nos ampara!

SEV.

¿Sí?

REN.

Nos ampara, y aún más:
nos absuelve.

SEV.

¿Sí? ¿Quizás
temiste que la emoción
me venciera? ¡Pues verás
si me sobra corazón!

REN.

¡Sí!

SEV.

¡Tú mismo lo has de ver!
¡Renzo, no nos detengamos!
¡Tú no puedes comprender
ni adivinar mi placer!
¡Vamos, Renzo!

REN.

¡Vamos!

SEV.

¡Vamos!

TELON RÁPIDO